

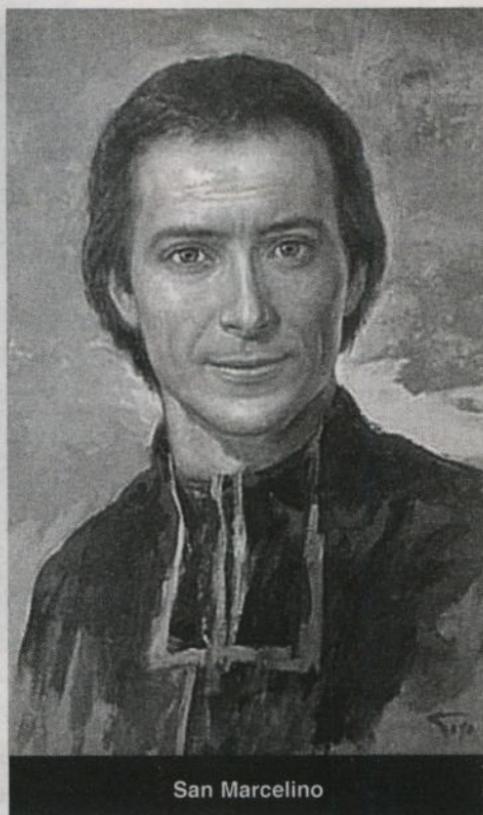
San Marcelino Champagnat

En 1789, una pareja de campesinos franceses tuvo a su décimo y último hijo, a quien llamaron Marcelino. El niño creció en un pueblo en el que no había iglesia ni escuela. Una tía le enseñó a rezar y Marcelino llegó a grande sin saber leer ni escribir.

Aprendió diversos oficios. Era albañil, carpintero, agricultor y podía reparar todas las cosas que se rompían. También era bueno para hacer negocios, pero Marcelino quería ser sacerdote. Su padre le dijo que ni lo pensara, porque él no había ido a la escuela y no era capaz de aprender.

Un año después, el padre de Marcelino murió y su madre pensó que su hijo merecía una oportunidad. Le encargó a un pariente que le enseñara a leer y escribir a su hijo. El pariente trató de enseñarle pero se dio por vencido y dijo que Marcelino no era capaz. Ni Marcelino ni su madre aceptaron esas palabras y se fueron a otro pueblo en el que había escuela.

La escuela era muy desorganizada. Los estudiantes de todos los grados estaban juntos. No había programa ni reglas definidas. Los profesores enseñaban la materia y revisaban los exámenes, pero no se preocupaban por los estudiantes que tenían dificultades.



San Marcelino

Como Marcelino entró a primer grado a los dieciséis años, los compañeros más jóvenes que estaban en grados superiores se burlaban de él.

El director le dijo a Marcelino que lo iba a despedir por su falta de capacidad. Marcelino no tenía buena memoria ni entendía lo que le explicaban, pero él sí quería aprender. Lo que hizo fue unirse con otros estudiantes con problemas. Estudiaban juntos y les fue más fácil entender la materia explicándosela entre ellos que asistiendo a las clases. Aprobaron los exámenes y Marcelino terminó la escuela a los 24 años de edad.

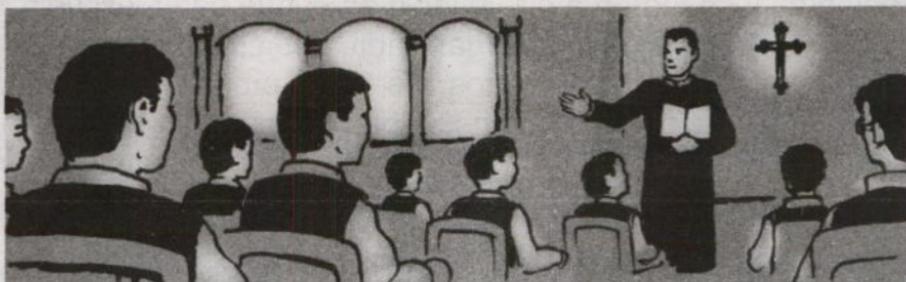
Pasó luego al seminario y, debido a que hacían falta nuevos sacerdotes, fue ordenado con solo tres años de estudios.

Su primera parroquia era un pueblo sin escuela. Dos muchachos del pueblo se le acercaron porque querían ser religiosos. Como Marcelino no estaba muy satisfecho con la formación que él había recibido, consideró que lo principal era brindarles a estos muchachos una formación más organizada. Les impuso un reglamento que los obligaba a dedicarse seria y ordenadamente al estudio. Además, para mantenerse, debían realizar trabajos manuales y cultivar un huerto.

El padre Marcelino preparó a esos muchachos para que fueran maestros y luego ellos mismos se hicieron cargo de la escuela y admitieron nuevos estudiantes.

Pronto los niños tuvieron maestros preparados, trabajadores y atentos a sus necesidades. Muchos de esos niños se hicieron también maestros.

Los pueblos vecinos solicitaban los maestros de Marcelino, quien nunca vio a uno de sus maestros sin trabajo, ya que durante toda su vida siempre recibió más solicitudes de las que pudo atender.



Marcelino era muy devoto de la Virgen María y llamó al grupo de maestros La Sociedad de María. Con el tiempo, la gente llamó a esos maestros los Hermanos Maristas y sus escuelas llegaron a ser famosas y respetadas. Sin embargo, Marcelino nunca perdió



Actualmente hay colegios maristas en muchas partes del mundo. Esta foto es de uno en Guatemala.

la humildad y siempre se ocupó personalmente de los trabajos de albañilería y carpintería que fueran necesarios.

Marcelino sufrió mucho porque algunas personas hablaban mal de él. Unos decían que, al trabajar como albañil o carpintero, estaba rebajando la dignidad sacerdotal, como si hubieran olvidado que Jesús fue carpintero. Sacerdotes más preparados que él lo contradecían en público, interrumpían sus prédicas y lo desautorizaban ante los fieles. Las personas que presumían de preparadas repetían que Marcelino no fue un buen estudiante, tuvo problemas para aprender a leer y no recibió una sólida formación. Algunos se burlaban de que él, con tan poco estudio, fundara una orden dedicada a la enseñanza. Otros institutos de educación vieron a los Hermanos Maristas como competencia y hablaban mal de ellos.

Marcelino toleró con paciencia todas esas palabras y reconocía que, precisamente porque él no había tenido la oportunidad de tener una buena educación, quería que otros niños no sufrieran los mismos problemas que él pasó. Marcelino murió el 6 de junio de 1840, a los 51 años de edad y fue declarado santo en 1999.